

**Louise Fawcett y Andrew Hurrell (eds.),
*Regionalism in World Politics: Regional
Organization and International Order*, Oxford,
England, Oxford University Press, 1995, p. 342 .**

Imtiaz Hussain

Los casos de estudio, los estudios comparados, las investigaciones empíricas, las reformulaciones teóricas y otros ejercicios similares, usualmente proliferan después de que un fenómeno global significativo y sostenido afecta el comportamiento del Estado. Esto era cierto en el origen de la Guerra Fría, cuando las antiguas colonias se embarcaron en un proceso de modernización como estados independientes, y aquella distribución hegemónica del poder dejó de existir. A lo largo de los últimos diez años, aproximadamente, la integración regional emergió como un desarrollo de este tipo. Casi de un día para otro, la bibliografía sobre las relaciones internacionales y la economía política internacional creció fuera de proporción. Sin embargo, de todo este torrente, sólo un puñado de trabajos pueden calificarse como una fuente de energía intelectual. El multidimensional libro *Regionalism in World Politics: Regionalization and International Order*, producto de la colaboración

de diversos autores, puede calificarse como uno de ellos. Presenta un inventario refrescante: nos proporciona una antología teórica e histórica más amplia sobre la integración regional, y una discusión contextual sobre el impacto de la repentina disipación de la Guerra Fría y de un proceso de globalización, por mucho no previsto. El libro, si bien entretiene una trama inusualmente complicada, también traza un sendero coherente.

Después del capítulo introductorio, el libro se divide en dos partes, cada una compuesta por cinco capítulos. La parte I se refiere a las diversas perspectivas sobre los procesos de regionalización y globalización, así como a la relación entre ambos con base en la historia, la teoría, el internacionalismo y la identidad. La parte II, por otro lado, se concentra en cuatro casos específicos de integración regional, con un capítulo de conclusiones. El libro se distingue de otros estudios sobre el tema porque realiza un análisis que va más allá de los aspectos

tos puramente económicos de la integración, y muestra a otras investigaciones cómo no perder el orden intelectual al explicar el caos del periodo posterior al fin de la Guerra Fría.

Presentadas en primer lugar, se encuentran las diversas perspectivas. Louise Fawcett indaga si la nueva explosión del regionalismo es en algo diferente de aquella ocurrida anteriormente. Concluye que el orden político, y los niveles de democratización y globalización subyacentes en ambos periodos, son muy distintos; esta conclusión se encuentra también apoyada en los postulados teóricos que Andrew Hurrell examina en el capítulo siguiente. Con Fawcett poniendo experiencias históricas en categorías teóricas, y Hurrell basándose demasiado en ejemplos del mundo real en su análisis teórico, estos dos capítulos iniciales, aunque esenciales, se encuentran superpuestos y son difíciles de manejar, debido al tamaño más extenso del proyecto. Sin embargo, son capítulos instructivos. Hurrell crea tres familias de teorías —sistémicas, regionales y domésticas— y recomienda a otros teóricos enfocarse en un solo nivel, en la interacción entre niveles, o bien en un análisis por etapas.

Andrew Wyatt-Walter encuentra que regionalización y globalización son metáforas engañosas y evasivas. Su coexistencia, argumenta, no necesariamente significa que la primera automáticamente se transforme en la segunda. A modo de ejemplo, señala cómo el comercio genera un impulso hacia la regionalización, mientras que el impulso generado por

la inversión tiende a ser más globalizado. Alan Henrikson, quien relaciona organizaciones regionales con cláusulas específicas de la Organización de las Naciones Unidas, llega a la misma conclusión del crecimiento paralelo entre ambas, a partir de un estudio de los procesos de mantenimiento de la paz a escala mundial. Su capítulo es ilustrativo, y abre el camino para otro capítulo innovador en el que John Mayall discute el carácter ambiguo de la identidad. La Guerra Fría estuvo asociada con la búsqueda tanto de la identidad nacional como de la regional, sin una distinción seria entre ambas. Esto pudo haber contribuido en parte al caos posterior a la Guerra Fría, pues los países buscan, hoy en día, una identidad sin ambigüedades de manera más urgente.

La parte II presenta un tema importante, ya obvio a mediados de los noventa: la diferenciación entre arreglos regionales. Las experiencias nacionales diferentes pueden explicar los resultados disímiles. Pero los autores de este volumen también prestan mucha atención al efecto de la Guerra Fría. Dos capítulos describen los casos relativamente exitosos. Al evaluar el principal ejemplo, William Wallace alerta sobre el hecho de que la experiencia de Europa occidental no puede ser repetida, pues ésta no sólo estuvo afectada por condiciones político-militares únicas, sino que también fue construida sobre una base sustancialmente más apropiada que la de otras regiones del mundo. Hurrell también nos alerta sobre una condición para el proceso en las Américas, donde el Mercosur y el TLCAN

parecen desplazarse con menos tropiezos que sus contrapartes —predecesores o contemporáneos— no europeos. La mayoría de los países no quieren adelantar ambos pies al mismo tiempo; con uno es suficiente para obtener las concesiones provenientes de fuera de la región; usar ambos sería como un encuentro con el destino sin antes resolver incongruencias históricas, políticas o psicológicas. Charles Tipp y Rosemary Foot, enfocados en las experiencias de Medio Oriente y el Pacífico asiático, elaboran casos donde estas mismas tensiones nacionales del pasado exceden por mucho cualquier deseo de identificación regional y de búsqueda de objetivos comunes. Entre las conclusiones que Fawcett y Hurrell sacan del proyecto entero, está aquella de que, a pesar de que el regionalismo parece haber llegado para quedarse, es probable que continúe siendo diferente en las distintas partes del mundo y, lo que es más importante, que incluso sea esta característica la que convierta al regionalismo en un elemento necesario para la conformación del orden global.

Dos puntos relevantes emergen de este volumen. Primero: como la mayoría de los autores nota, la Guerra Fría tuvo por lo menos un efecto marginal respecto a los esfuerzos de regionalización, tanto en el pasado, como actualmente (sugiriendo que en la secuela de la Guerra Fría, conforme el comportamiento predecible de los estados se vuelve más impredecible, la forma más fuerte de identificación tiende a ser dirigida hacia adentro, es decir, se basa en el Estado). Segundo:

conforme la disipación de la Guerra Fría incentiva una mayor competencia, el deseo de eliminar el aislamiento probablemente genere presiones hacia afuera. En el análisis final, se nos deja entonces, ineludible y simultáneamente expuestos al nacionalismo, al regionalismo y al *globalismo*.

De acuerdo con la gran importancia de la Guerra Fría, se requiere un examen de la principal organización regional resultante de ella: la OTAN. Debido a que la expansión hacia el Este por parte de la OTAN puede afectar el *statu quo* conseguido a partir de la integración económica de Europa occidental, su evaluación probablemente proporcionaría una luz útil. Los dominios de la alta política serían incluidos en un diálogo con afanes integradores que, además, involucraría asuntos de baja política. A cambio seríamos capaces de comprender los procesos simultáneos de nacionalismo, regionalismo y *globalismo*, sobre los que el libro nos alerta de manera firme.

Regionalism in World Politics aclara muchas de las dimensiones del proceso de regionalización que hasta la fecha habían sido poco exploradas; y aunque no se trata de un trabajo académico sin fallas (existen errores gramaticales en las páginas 5, 67 y más adelante, así como una integración insuficiente de los ya de por sí bastante distintos artículos), ofrece una agenda de investigación. Para el público en general, preocupado por el futuro este libro es una lectura recomendable; para aquéllos activamente involucrados, como académicos o políticos, su lectura es indispensable.